# "Capital humano"

ÀNGEL FERRERO :: 10/09/2012

Cuando todo es calculado como capital –capital real, inmobiliario, medioambiental, social, capital humano– el "inversor" racional puede comparar los beneficios de su inversión

«Después de terminar los estudios les resulta cada vez más difícil encontrar un trabajo. La solución para muchos: emigrar. Cada vez más ingenieros, médicos, académicos y trabajadores cualificados hacen las maletas […] Sus destinos son sobre todo Gran Bretaña, los Países Bajos, Alemania y Noruega.»[1] El texto no se refiere a Grecia ni a España, ni tampoco a Portugal, sino a Polonia. Los flujos migratorios que están teniendo lugar en Europa desde el estallido de la crisis refuerzan la tensión entre centro y periferia y alimentan todo tipo de recelos hacia los alemanes. Alemania necesita –lo sabemos por su oficina de empleo– fontaneros, electricistas, personal de cuidados intensivos y (algunos) ingenieros. Para estos puestos la mayoría de emigrantes está, por utilizar esa aberración ideológica que lentamente se ha ido imponiendo a fuer de repetirla, "sobrecualificado".[2]

La contradicción entre la formación especializada que toda sociedad capitalista compleja necesita para funcionar y la cantidad de puestos de trabajo que esa misma sociedad puede realmente ofrecer se hace patente. En el caso alemán cuesta imaginar por qué un licenciado universitario, apellídese Cabanski o García, va a estar dispuesto a aceptar trabajar el resto de su vida cambiándole los pañales a Herr Geiz porque sus hijos prefirieron aparcarlo en un asilo para ancianos antes que su decrepitud les afeara el picnic dominical junto al lago. En Alemania la movilidad social continúa, hoy como ayer, bloqueada para los inmigrantes, creando una nueva fractura en una sociedad que no anda justamente sobrada de ellas. Pero si los flujos migratorios alimentan el recelo hacia los alemanes, desde hace algún tiempo también se observa, y de manera harto más preocupante, el fenómeno contrario.

«Debido a nuestras actividades en el extranjero se nos ha acusado en las últimas semanas de que hacemos muy pocos esfuerzos por crear puestos de formación y de empleo para los alemanes», ha declarado recientemente al semanario Der Spiegel Dirk Lüerßen, director de una iniciativa empresarial que busca contratar a obreros cualificados españoles para las fábricas de la región de Frisia oriental.[3] ¡Alemania para los alemanes, pues! El racismo contra el sur del Europa comienza lentamente a echar raíces en Alemania y enlaza en ese subsuelo, tan fértil en tiempos de crisis, con el racismo hacia los turcos, el racismo hacia los vietnamitas, el racismo hacia los africanos, el racismo hacia los eslavos y, en definitiva, el racismo cotidiano contra todo lo que no sea y parezca alemán y hable el alemán sin rastro de otro acento que no sea un acento –lo han adivinado– alemán.

El tejido empresarial teutón se beneficia del nuevo ejército industrial de reserva europeo,[4] que no sólo presiona los salarios nacionales a la baja, sino que compite ferozmente entre sí (polacos contra españoles, españoles contra portugueses, portugueses contra italianos y así sucesivamente) en una misma carrera abocada al abismo. Éramos la generación más preparada de la historia y hemos terminado siendo la primera generación de la historia que vivirá peor que la precedente. Una multitud de historias personales, muchas de ellas

dramáticas, que en los informes bancarios queda reducida a dos palabras: “capital humano”. En su último libro publicado en España, "El fin del capitalismo tal y como lo conocemos", Elmar Altvater desmonta este concepto que, como el de “sobrecualificado” sin necesidad de ir más lejos, ha acabado por asentarse en la conciencia pública. La genealogía del término que expone el profesor Altvater es tan reveladora que merece ser citada en su integridad:

«El concepto [de capital humano] fue introducido por vez primera por William Petty en el siglo XVII. Entonces la palabra pertenecía a la rama de los seguros, entonces floreciente en el capitalismo. Se debía conocer «el valor de los hombres» para poder calcular los bonos de las pólizas de seguros. También los militares utilizan el concepto de capital humano para decidir racionalmente si es más barato enviar a la carnicería a los cañones o a la carne de cañón, al capital objetivo o al capital humano. El economista y agrimensor Johann Heinrich von Thünen ayudó con sus conocimientos matemáticos a los militares en la primera mitad del siglo XIX, ahondando la relación. Más tarde, en el cambio de siglo, continuó la racionalización económica como “economía humana”. […] cuando todo es calculado como capital –capital real, capital inmobiliario, capital medioambiental, capital social, capital humano– el “inversor” racional puede comparar los beneficios de su inversión de capital. La racionalidad capitalista del cálculo económico en el sentido de Max Weber es ahora total: por principio todo es capital, imponiéndose así la racionalidad económica de los neoclásicos.»[5]

Todo es capital. Las personas –el “capital humano”– emigran de los países pobres a los ricos llevando su supuesto “capital intelectual” –aunque, como recuerda Elmar Altvater, «a los capitalistas humanos les resulta imposible liquidar su capital humano e invertirlo en otras áreas, pongamos por caso, en fondos inmobiliarios. A lo sumo pueden cometer el delito de “fuga de capitales” y emigrar»–, pero resulta que su “capitalización” también se ha extendido entre tanto a su integridad como personas, convirtiéndose en “capital humano” en el sentido más crudo y más literal del término.

La historia la publicó el semanario *Der Spiegel* este verano y resulta difícil de leer hasta para los estómagos más curtidos.[6] Un empresario del estado federado de Renania-Westfalia, del que no se ofrece más que su nombre de pila, Walter. Debido a complicaciones renales Walter hubo de comenzar a someterse a diálisis, un proceso que, con el trascurso del tiempo, empeoró su estado de salud. Más o menos por aquel entonces la familia de Walter vio en televisión un reportaje sobre el tráfico de órganos. Y aquí empieza de verdad la historia. Los familiares de este empresario renano pensaron que quizá ahí estuviera la solución para su anciano padre. Una idea bastante peculiar, porque a ninguno de sus hijos se le ocurrió donar su propio riñón en una demostración de altruismo y amor filial (de hecho, según una encuesta reciente sólo el 30% de los alemanes está dispuesto a donar órganos).[7] Tras un par de llamadas telefónicas los hijos de Walter consiguieron ponerse en contacto con la reportera, quien, haciendo gala de esa moral que tanto honra a la profesión periodística, les entregó sin muchos problemas de conciencia el contacto de uno de los traficantes de órganos entrevistados. En julio de 2008 Walter se subió con sus familiares a un avión con destino a Estambul, donde se reunió con un mediador israelí, y desde allí partieron juntos en una avioneta con destino a Priština, la capital de Kosovo. En esa misma avioneta viajaba el “donante” de este truculento negocio que unió a dos personas que procedían de países, culturas y, sobre todo, clases sociales diferentes, que no hablaban el

mismo idioma y que nunca llegaron a conocerse realmente.

Esa otra persona era Vera Schevdko, una trabajadora de la limpieza israelí de origen ruso. Schevdko, como muchos judíos rusos, emigró a Tel Aviv esperando encontrar una vida mejor y se encontró pronto superada por el elevado coste de la vida en Israel. Divorciada, madre de una hija adolescente de la que hacerse cargo, las deudas no tardaron en comenzar a acumularse. En la primavera de aquel año vio en una parada de autobús un anuncio en ruso que buscaba "donantes de riñón" prometiendo una elevada recompensa a cambio, y un número de teléfono. Tras darle muchas vueltas finalmente llamó. El hombre al otro lado del aparato le prometió 10.000 dólares, de inmediato y en efectivo. Después de reunirse con el contacto, Vera aceptó a donar su riñón y se sometió a varias pruebas médicas para certificar su estado de salud. Días después recibió una llamada y acudió al aeropuerto, donde le esperaba el mediador, sin conocer el destino del vuelo. Tomaron un vuelo a Estambul y desde allí a Priština, donde, reunidas las partes contratantes, viajaron en automóvil hasta una clínica en los suburbios propiedad de un urólogo alemán llamado Manfred Beer. La "transacción" tuvo lugar rápidamente. Vera Schedvko despertó de la anestesia, se le entregó el sobre con el dinero y fue despachada sin demora a su país. Con el dinero saldó algunas deudas, pero el imparable encarecimiento de la vida en Tel Aviv hizo que se agotase rápidamente y volviese a la casilla de salida, pero con un riñón menos. Walter, el empresario renano, vivió sólo otros cinco años antes de morir de un cáncer de piel.

No puede decirse que sea un negocio redondo, pero es un negocio multimillonario. Las redes criminales lo tienen fácil: personas como Vera Schevdko, que viven en la pobreza e ignoran las consecuencias de la operación, no escasean. De hecho, gracias a la crisis se trata de un negocio floreciente y con numerosas ramificaciones: el pasado mes de febrero la policía ucraniana descubrió casualmente un cargamento de huesos y tejidos humanos metidos en congeladores en un minibús. Los restos humanos en sobres y cajas venían acompañados de los correspondientes informes forenses traducidos al inglés. Su destino, como finalmente se descubrió, era una factoría en Alemania propiedad de RTI Biologics, una empresa estadounidense que se dedica a transformar esos restos en implantes dentales además de "reciclar" los tendones y los tejidos de personas fallecidas para trasplantes y otras operaciones médicas. Las autoridades ucranianas sospechaban desde hacía tiempo que los tejidos y huesos se extraían con regularidad de los cadáveres sin el consentimiento de los familiares. [8]

Quien crea que la capitalización del ser humano se limita a los países de Europa oriental y Asia debería echarle un vistazo a las hemerotecas: el pasado mes de abril Víctor Grifols, presidente y consejero delegado de Grífols –una multinacional farmacéutica especializada en hemoderivados, lidera el sector en Europa y desde 2006 cotiza en bolsa– propuso en una conferencia en la escuela de negocios ESADE la legalización de la donación de plasma. «En Estados Unidos tenemos 147 centros de donación, en épocas de crisis, si pudiéramos tener centros de plasma podríamos pagar 60 euros por semana, que sumados al paro son una forma de vivir», dijo Grífols. Con la propuesta de Grífols de sacarle, literalmente, la sangre a los trabajadores y desempleados de España se rompería el actual sistema universal filantrópico de los bancos de sangre españoles y se abriría la puerta a la legalización en España de la venta de órganos para trasplantes, rompiendo también nuestro sistema publico gratuito en base a donaciones. [9]

También es un negocio altamente profesionalizado: los mediadores de órganos ofrecen a sus clientes "paquetes" por hasta 160.000 euros en los que está todo incluido, desde los costes del viaje y la operación hasta los sobornos para que las autoridades policiales y sanitarias hagan la vista gorda. Los "donantes" sólo reciben una pequeña fracción de esa suma, que en países como la India o Bangladesh se reduce incluso a sólo 750 euros. «El mundo del tráfico de órganos se reduce a un esquema muy simple», escriben los autores del artículo. «Hay países importadores y países exportadores: Israel, Arabia Saudí, los Estados Unidos y Canadá pertenecen a los países importadores. China, India, Filipinas, Egipto y Moldavia a los países exportadores. No hace falta ser miembro de Attac para ver en el tráfico de órganos una parábola de los desequilibrios de poder mundial: los órganos se trasplantan de pobres a ricos, de gente con piel negra o atezada a gente de piel blanca.» Los receptores regresan a sus países de origen, donde los médicos no plantean muchas preguntas y la atención sanitaria, por lo general privada, les está garantizada. A los "donantes", por el contrario, no les espera una buena vida: la atención médica escasea, las posibilidades de infecciones y hemorragias post-operatorias son elevadas. Ése fue el caso, por ejemplo, de Yilman Altun, un joven turco de 23 años cuya camisa comenzó a teñirse de sangre en el control del aeropuerto de Priština el 4 de noviembre de 2008. Los médicos del aeropuerto que lo atendieron certificaron que la herida procedía de un trasplante de riñón reciente. Siguieron la pista y llegaron hasta la clínica de Beer donde se encontraba el receptor, un israelí de 74 años. Así fue como llegó a descubrirse el caso.

El tráfico de órganos tiene también una dimensión política. El caso de la clínica de Priština está bien documentado por Jonathan Ratel, un fiscal que llegó a Kosovo en el 2010 como miembro de EULEX, la misión de la Unión Europea que tiene como objetivo la construcción de un estado de derecho. Lo que EULEX encontró en Kosovo es, como es notorio, cualquier cosa menos un estado de derecho. Según las investigaciones de Ratel, en la clínica de Beer se han trasplantado de 20 a 30 riñones a clientes multimillonarios. El cirujano responsable, Yusuf Sönmez, apodado por la prensa como "Dr. Frankenstein", ha declarado, no sin cierto orgullo colegial, haber trasplantado 2.200 riñones en total (además de Kosovo, se cree que este tipo de clínicas ilegales operan también en Kazajstán y Chipre), y se jacta de haberlo hecho a un ritmo industrial. Si el sistema ha podido funcionar tan bien es porque cuenta, por supuesto, con la complicidad de los médicos y autoridades kosovares. Lufti Dervishi, uno de los implicados en esta red criminal, contaba en Kosovo con excelentes conexiones con el círculo gubernamental, reuniéndose incluso con el ministro de Sanidad. El primer ministro kosovar, Hashim Thaçi, uno de los antiguos líderes del Ejército de Liberación de Kosovo (UÇK), aparece en un informe elaborado por Dick Marty para el Consejo Europeo como uno de los cabecillas del "grupo Drenica", una red acusada de haber asesinado a prisioneros serbios para vender sus órganos en el extranjero, una acusación que corona un negrísimo expediente en el que figuran también su participación en redes de narcotráfico, extorsión y asesinatos por encargo, nada de lo cual pareció amedrentar a los principales patrocinadores del estado kosovar, Estados Unidos y Gran Bretaña.

Y si el caso ya resulta de por sí –no nos andemos con eufemismos– repugnante, aún hay neoliberales, como el indio R. R. Kishore o el ya mencionado Víctor Grífols, que intentan justificar con toda suerte de sofismas este negocio criminal y acusan a los críticos de "hipocresía" y "paternalismo". La venta de órganos, sostienen, podría equipararse con la prostitución, y debería ser en consecuencia perfectamente legal, pues incluso ayuda a

mejorar la situación económica de estas personas. Si el paralelismo con la prostitución es a todas luces exagerado, nada más lejos de la realidad que la vida de las víctimas de las redes de tráfico de órganos en realidad mejore. Como recuerdan los autores del artículo del semanario, se han llevado a cabo encuestas en los arrabales de la India, Bangladesh, Egipto o Filipinas entre los "donantes" de órganos y los resultados hablan por sí solos: la mayoría se queja de que su vida no sólo no mejoró, sino que empeoró desde entonces. La mayoría de "donantes" pensaron que la venta de un riñón les ayudaría a salir de la pobreza, pero en realidad terminó por encerrarlos para siempre en ella: el dinero se agotó en cuestión de semanas y, faltos de un riñón, los hombres –pues en su mayoría son hombres– no pueden ejercer ya varios trabajos o desempeñar los más duros. En la mayoría de países se enfrentan a la exclusión social y están peor considerados que las prostitutas. Un "donante" anónimo moldavo habló de cómo el resto de hombres del pueblo se burlaban de él llamándolo "medio hombre". Probablemente jamás encuentre esposa y muera antes de cumplir los cuarenta y cinco. No hay piedad para el "capital humano".

---

**NOTAS:** [1] "Keine Jobs für Akademiker: Polen wandern gen Westen", taz, 22 de agosto de 2012. [2] "Currículos y entrevistas cambian con la crisis", Cinco Días, 3 de septiembre de 2012. [3] "Spanier am Friesenspieß", Der Spiegel, n. 33/13.08.2012, pp. 31-32. [4] "El nuevo ejército industrial de reserva europeo: qué busca Alemania acogiendo la fuga de cerebros del sur de Europa", Sin Permiso, Jorn Boewe, 24 de julio de 2011. Traducción de Àngel Ferrero. [5] Elmar Altvater, El fin del capitalismo tal y como lo conocemos (Barcelona, El Viejo Topo, 2012). Traducción de Àngel Ferrero y Raúl Alfred Enzenbach. [6] "Die gekaufte Niere", Der Spiegel, n. 31/30.07.2012, pp. 22-30. [7] Ulrike Baureithel, "Ist der Ruf erst ruiniert", der Freitag, 30 de agosto de 2012. [8] "Human Corpses are Prize in Global Drive for Profits", International Consortium of Investigative Journalists, 17 de julio de 2012. [9] "Grífols plantea pagar a los donantes de sangre para ayudar a los parados", El País, 17 de abril de 2012. Grífols no es precisamente un ejemplo de ética empresarial: la multinacional destina el 40% de sus beneficios al pago al accionista, pero suspendió el dividendo en efectivo en 2011 por exigencia de los bancos, a pesar de ser el mejor valor del Ibex (con una ganancia del 36'1%) y duplicar en el primer trimestre del año su beneficio neto al pasar de 33'6 a 67'5 millones de euros. Véase: "Grifols, el líder del Ibex mantiene el 'sex appeal' entre los analistas", Cotizalia.com, 28 de febrero de 2012.

*sinpermiso.info*

---

*https://www.lahaine.org/est_espanol.php/capital-humano*